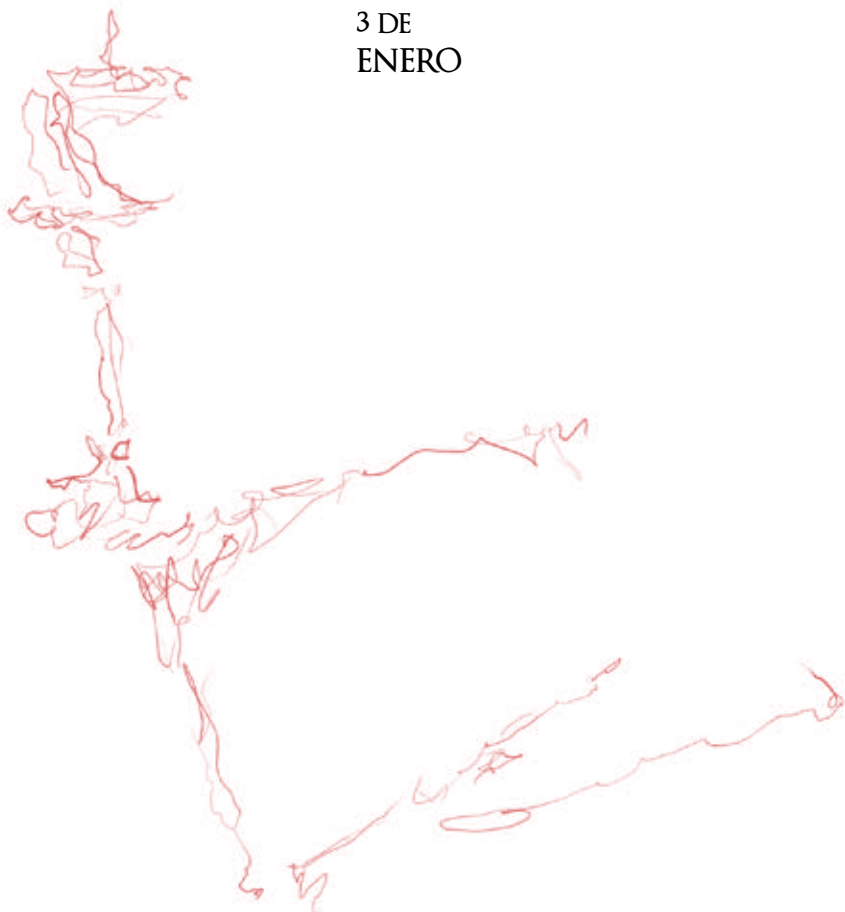


# VANKA

DE ANTÓN CHÉJOV



3 DE  
ENERO





La noche de Navidad, Vanka Zhúkov no se fue a dormir. Era un chico de nueve años, al que hacía tres meses habían enviado de aprendiz con el zapatero Aliajin. Cuando los amos y los zapateros se marcharon a la misa del gallo, sacó del armario de la casa un tintero y una pluma con la plumilla ovalada, y se puso a escribir sobre una arrugada hoja de papel. Antes de poner la primera letra, miró varias veces con temor hacia las puertas y ventanas, observó de reojo el oscuro icono a cuyos lados se alineaban sobre unos estantes distintas hormas y suspiró entrecortadamente. El papel yacía sobre un banco y el chico se arrodilló a su lado.

«Querido abuelo, Konstantín Makárich —comenzó a escribir—: Te escribo esta carta. Te felicito las Navidades y deseo que Dios nuestro Señor te dé todo lo mejor. No tengo ni padre ni madre. Tú eres lo único que me queda.»

Vanka movió sus ojos hacia la oscura ventana en la que se reflejaba el brillo de su vela y se imaginó vivamente a su abuelo Konstantín Makárich, que trabajaba como guardia nocturno con los señores Zhivariov. Era un vejete de unos sesenta y cin-

co años, menudo y delgado, pero inusitadamente vivaracho y ágil, con un rostro del que nunca se borraba la sonrisa y ojos de borracho. Durante el día dormía en la cocina de la servidumbre o bromeaba con las cocineras, pero por la noche, envuelto en un amplio abrigo de piel de cordero, daba vueltas en torno a la hacienda, dando golpes con su chuzo. Tras él, con las cabezas gachas, marchaban la vieja Kashtanka y el cachorro Anguila, al que llamaron así por su color negro y su cuerpo largo como el de una comadreja. Anguila tenía un aire muy respetable y cariñoso y una mirada bondadosa que dirigía tanto a los suyos como a los extraños, pero nadie se fiaba de él. Su aspecto respetable y obediente escondía la más jesuítica de las astucias. Nadie mejor que él sabía, tras acechar su momento, morder la pierna de alguien, meterse en la fresquera o robarle una gallina a un mujik. Más de una vez le rompieron las patas traseras, lo colgaron dos veces, cada semana le daban palos hasta casi matarlo, pero siempre salía con vida.

Ahora el abuelo seguramente está junto al portalón, entornando los ojos, mira las luces brillantes y rojizas de la iglesia del pueblo y, sacudiendo sus botas de fieltro contra el suelo, bromea con la servidumbre. Lleva el chuzo atado al cinto. Alza las manos, se encoge de frío y, con su risa de anciano, pellizca a una doncella o a la cocinera.

—¿Qué? ¿Tomamos un poco de tabaco? —dice ofreciendo su tabaquera a las mujeres.

Las mujeres aspiran y estornudan. Del abuelo se apodera una risa indescriptible y grita:

—¡Tira de ella, que se te pega!

También se lo acerca a los perros. Kashtanka estornuda, agita la cabeza y se aleja con aire ofendido a un lado. En

cambio, Anguila guarda la compostura, no estornuda y me-  
nea la cola. El tiempo es espléndido. El aire, silencioso,  
transparente y seco. La noche es oscura, pero se ve toda la  
aldea con sus tejados blancos y los hilillos de humo que sa-  
len de las chimeneas, los árboles plateados por la escarcha y  
los montículos de nieve. Todo el cielo está cubierto de estre-  
llas que centellean alegres, y la Vía Láctea se dibuja con tan-  
ta claridad que parece que la hayan lavado y frotado con  
nieve para recibir la fiesta...

Vanka lanzó un suspiro, mojó la plumilla en el tintero y  
siguió escribiendo:

«Ayer me dieron una paliza. El amo me arrastró por los  
pelos hasta el patio y allí me sacudió con un cinto porque  
cuando acunaba a su niño, me dormí en un descuido. Y la  
semana pasada, la dueña me ordenó limpiar un arenque, y  
como empecé por la cola, tomó el arenque y con la cabeza  
empezó a darme golpes en la boca. Los zapateros se ríen de  
mí, me envían a la taberna por vodka y me mandan a que  
robe pepinos a los amos. Y el amo me da con lo que en-  
cuentra. De comida, nada. Por la mañana me dan pan, a la  
hora de comer, gachas, y por la tarde, también pan. El té y  
la sopa son sólo para los amos. Me mandan a que duerma  
en el zaguán, pero cuando su niño llora, ya ni siquiera duer-  
mo, pues me hacen mecer la cuna. Querido abuelo, por  
Dios, hazme una caridad, sácame de aquí, llévame a casa, al  
pueblo, que ya no puedo más... Te lo imploro a tus pies y  
rezaré por ti toda mi vida, pero sácame de aquí, porque si  
no, me muero...»

A Vanka se le torció la boca, se frotó con sus negros pu-  
ños los ojos e hipó.

«Te rallaré el tabaco —siguió escribiendo—, rezaré a Dios, y si algo se tuerce, dame con toda tu alma como a una estera. Y si piensas en mi oficio, entonces, por todos los santos, le rogaré al almacenero que me deje limpiarle las botas o, si no, trabajaré de sirviente en lugar de Fedka. Abuelo, querido, aquí no hay quien viva; sólo me aguarda la muerte. Quería escapar y marchar a pie a la aldea, pero no tengo botas y me da miedo el frío. Y cuando llegue a mayor, te cuidaré, te alimentaré y no dejaré que nadie te haga daño. Y si te mueres rezaré por el descanso de tu alma, igualmente que por mi madre Pelagueya.

»Moscú es una ciudad grande. Las casas son todas de señores, hay muchos caballos, pero no hay ovejas y los perros no muerden. Los chicos aquí no van de puerta en puerta con el belén y no dejan entrar a nadie a cantar en el coro, y una vez vi en la ventana de una tienda que vendían anzuelos con sedal y para todos los peces, pero valen mucho dinero; hasta hay un anzuelo que aguantaría a un pez de más de un pud<sup>1</sup>. Y he visto tiendas donde hay todo tipo de escopetas de las que llevan los señores, o sea que valdrán unos cien rublos cada una... Y en las tiendas de carne hay urogallos y ortegas y liebres, y los tenderos no te dicen dónde los cazan.

»Querido abuelo, cuando los señores pongan el abeto con dulces, cógeme una nuez dorada y guárdala en el baúl verde. Pídesela a la señorita Olga Ignátievna, dile que es para Vanka.»

Vanka volvió a lanzar un suspiro hondo y entrecortado y de nuevo clavó la mirada en la ventana. Recordó cómo el

1 Medida de peso que equivale a 16,3 kg.

abuelo iba al bosque a cortar el abeto para los señores y se llevaba al nieto. ¡Qué tiempos tan felices! El abuelo carraspeaba y el aire helado crujía, y hasta Vanka, oyendo al abuelo y los crujidos del frío, también carraspeaba. A veces sucedía que, antes de cortar el abeto, el abuelo se fumaba una pipa, aspiraba largo rato rapé y se reía de Vanka, aterido de frío... Los jóvenes abetos, cubiertos de escarcha, se erigían inmóviles y esperaban a cuál de ellos le tocaría morir. Como por encanto, por la nieve cruzaba como una flecha una liebre... Y el abuelo no podía contener el grito:

—¡Cógela, cógela..., cógela! ¡Liebre del demonio!

El abuelo llevaba el abeto cortado a la casa de los señores y allí se disponían a adornarlo... La que más se ocupaba de eso era la señorita Olga Ignátievna, la preferida de Vanka. Cuando aún vivía Pelagueya, la madre de Vanka, y servía en casa de los señores, Olga Ignátievna le daba dulces a Vanka, y le enseñó a leer y escribir y a contar hasta cien, por puro aburrimiento, e incluso a bailar la cuadrilla. Pero cuando Pelagueya murió y Vanka se quedó huérfano, lo enviaron a la cocina de la servidumbre, con el abuelo, y de la cocina fue a parar a Moscú, a casa del zapatero Aliajin...

«Ven a verme, querido abuelo —prosiguió Vanka su carta—. Por Dios todopoderoso te lo imploro, sácame de aquí. Ten piedad de este huérfano infeliz, porque todos me pegan y paso un hambre terrible y tengo tanta tristeza que no te lo puedo contar, porque no paro de llorar. Uno de estos días el dueño me dio con un palo en la cabeza con tanta fuerza que caí al suelo y me costó recobrar el sentido. Mi vida está perdida y resulta peor que la de cualquier perro. También saludo a Aliona, y a Yegor el tuerto y al cochero, pero mi acor-

deón no se lo des a nadie. Quedo tu nieto Iván Zhúkov, querido abuelo. Ven.»

Vanka dobló en cuatro la hoja de papel y la metió en un sobre que antes había comprado por un kópek... Después de pensarlo, mojó la plumilla y escribió la dirección:

«A la aldea de mi abuelo».

Después se rascó, pensó otro poco y añadió: «Para Konstantín Makárich». Satisfecho de que nadie le había molestado mientras escribía, se puso el gorro y, sin echarse encima el abrigo, sólo en camisa, salió corriendo a la calle.

Los de la carnicería le habían explicado que las cartas se echan en los buzones de correos, y que de esos buzones se llevan a todas partes del mundo en «troikas» de correos, que son unos coches arrastrados por tres caballos con cascabeles y que conducen cocheros siempre borrachos. Vanka llegó a la carrera hasta el primer buzón de correos e introdujo la carta en la ranura: allí dejaba su tesoro...

Mecido por dulces esperanzas, al cabo de una hora dormía profundamente... Vio en sueños una estufa. Encima de ella estaba su abuelo que, sentado con los pies descalzos colgando, leía la carta a las cocineras... Junto a la estufa se paseaba Anguila y movía la cola...